

# Parque Arqueológico Teyuna • Ciudad Perdida

Guía para visitantes |





Ernesto Montenegro Pérez

**Director general**

Santiago Giraldo Peláez y Luisa Fernanda Herrera

**Textos**

Marta Saade Granados

**Subdirectora científica**

Fernando Montejo

**Coordinador del Grupo de Patrimonio**

Nicolás Jiménez

**Jefe de publicaciones**

Ivón Alzate

**Coordinadora editorial**

Alejandra Muñoz

**Corrección de estilo**

Nathalia Rodríguez González

**Diseño y diagramación**

Archivo ICANH, Luisa Fernanda Herrera,  
Carlos Pineda Núñez, Nicolás Jiménez,  
Santiago Giraldo y Nicholas Bayly (Fundación Selva)

**Fotografías**

Manuel Pérez, Margarita Serje y Guillermo Rodríguez

**Mapas**

Segunda edición, julio del 2019

**ISBN 978-958-8852-76-8**

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2019

Calle 12 n.º 2-41 Bogotá D. C.

Tel.: (57-1) 444 05 44, fax: 101

[www.icanh.gov.co](http://www.icanh.gov.co)



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Impreso en Colombia por:

Panamericana Formas e Impresos S. A.

Parque Arqueológico

# Teyuna • Ciudad Perdida

Guía para visitantes |





Foto: Archivo ICANH. Piedra del sapo, sector Eje Central

# Contenido

<b>Introducción</b>	7
<b>1. La Sierra Nevada de Santa Marta y el Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida</b>	9
La sociedad tairona	12
Descubrimiento de Buritaca 200 o Ciudad Perdida	24
El hallazgo de Ciudad Perdida	26
<b>2. Ciudad Perdida o Buritaca 200</b>	55
Historia de la construcción del poblado	56
Arquitectura tairona	56
Sectores de Ciudad Perdida	59
<b>3. Cómo llegar a Ciudad Perdida</b>	67
Recomendaciones para los visitantes	70
<b>Bibliografía</b>	73



**Foto:** Archivo ICANH. Metate con su mano de moler. Estos artefactos se encuentran en la mayoría de las terrazas de Teyuna-Ciudad Perdida y fueron encontrados *in situ*. Eran utilizados para moler el maíz cultivado en los alrededores del poblado

# Introducción

**El Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida** es uno de los ejemplos más claros del poder y la fascinación que ejerce el pasado en nuestra sociedad contemporánea, pero es también un lugar lleno de silencios y de profundos vacíos en la historia de un territorio habitado miles de años antes de la llegada de los primeros europeos al Nuevo Mundo. En comparación con otras sociedades prehispánicas de Centro y Sudamérica, aún es poco lo que sabemos acerca de los taironas, aunque las investigaciones arqueológicas en el parque y otras zonas de la Sierra Nevada continúan aportando nueva y valiosa información.

Desde su descubrimiento oficial en 1976, distintos proyectos arqueológicos han tratado de llenar estos vacíos y de responder a una multiplicidad de interrogantes que nos asaltan ante la monumentalidad y complejidad de Ciudad Perdida. Esta información se encuentra dispersa en múltiples informes arqueológicos, artículos en revistas especializadas y monografías, por lo que esta guía es apenas una versión necesariamente parcial e incompleta de lo que sabemos, o creemos saber, acerca de estas sociedades. Para aquellos que deseen ampliar sus conocimientos más allá de lo que ofrece esta guía, al final encontrarán una bibliografía seleccionada.

Esta guía tiene también como objetivo ofrecer a los visitantes del Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida información básica sobre la Sierra Nevada de Santa Marta, sus antiguos habitantes, la historia de su descubrimiento y su historia constructiva.

Desde 1976, la protección y administración del parque arqueológico ha estado a cargo del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), entidad del Estado colombiano adscrita al Ministerio de Cultura.

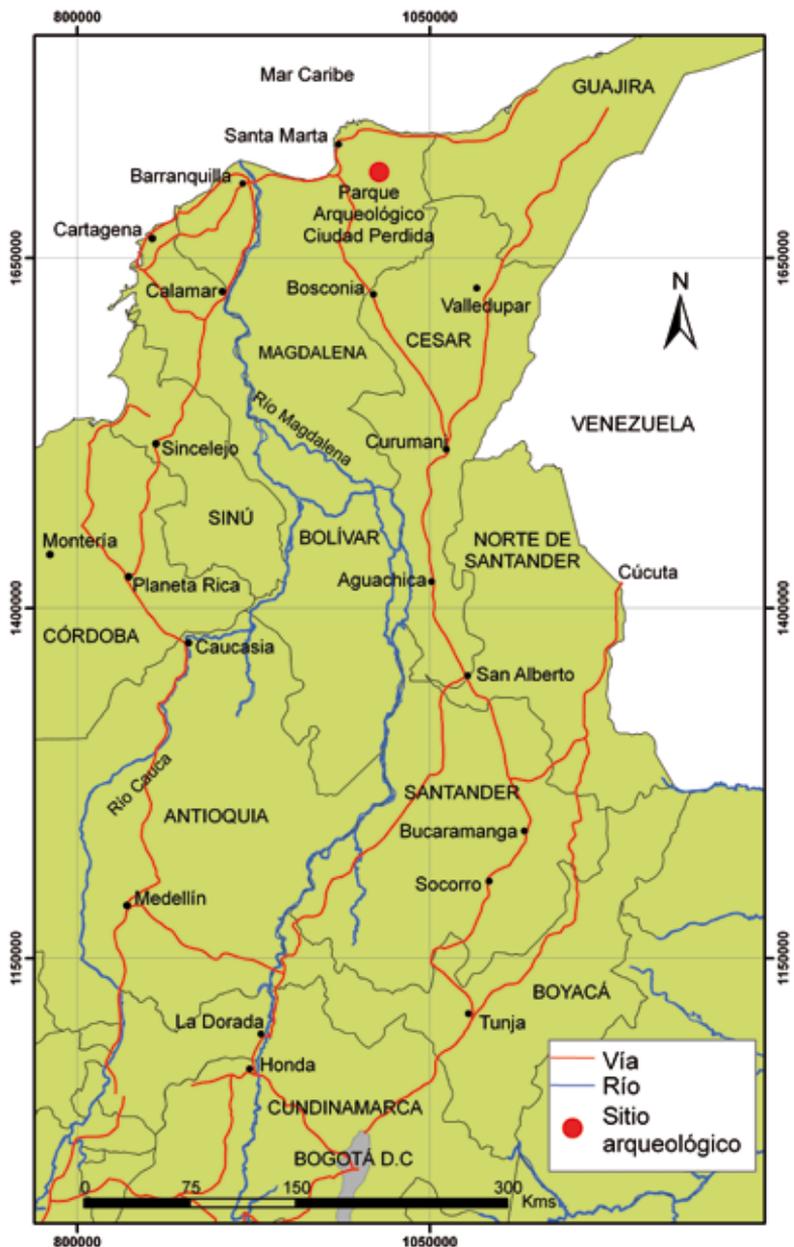


**Foto:** Archivo ICANH. Vista del sector Piedras, un área residencial y de canteras de donde se presume se extrajo una buena parte del material utilizado para construir el poblado

# 1. La Sierra Nevada de Santa Marta y el Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida

La **Sierra Nevada de Santa Marta** es un macizo montañoso independiente de la cordillera de los Andes de aproximadamente 16.500 km<sup>2</sup>, que se extiende desde el mar Caribe hasta sus picos nevados —Colón y Bolívar a 5.700 m s. n. m.— en una distancia de tan solo 38 km. Esto la hace una de las montañas costeras más altas del mundo, dándole además una gran diversidad de condiciones climáticas y ecológicas. En términos administrativos, la Sierra Nevada hace parte de los departamentos del Magdalena, La Guajira y Cesar.

Debido a los distintos pisos térmicos, la cantidad de especies endémicas y su aislamiento de la cordillera de los Andes, la Sierra Nevada tiene uno de los mayores índices de biodiversidad en Sudamérica y ha sido clasificado por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) como *irreemplazable*. La zona costera alrededor de Santa Marta y el costado occidental del Parque Nacional Natural Tayrona se caracteriza por tener un clima árido y semiárido con abundante vegetación espinosa y bosque seco tropical, el cual se extiende hacia la vertiente occidental. El bosque húmedo tropical se encuentra en la franja costera a partir de la bahía de Cinto en el Parque Tayrona, extendiéndose hacia el este y hasta los 2.000 m de altura. En esta zona las temperaturas oscilan entre los 16 y 28°C y la humedad llega al 90% o más debido a las abundantes lluvias. A partir de los 2.000 y hasta los 3.000 m s. n. m. predomina el bosque montano húmedo con temperaturas



**Mapa 1.** Ubicación del Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida en el norte de Colombia  
Fuente: Cartografía temática realizada por el ICANH.

que oscilan entre los 10 y los 20°C. Desde los 3.100 m de altitud hasta el borde de nieve se encuentra la zona de páramo y morrenas glaciares con su vegetación característica de frailejones, arbustos bajos, musgos, *lupinus* y pastos.

El parque arqueológico está ubicado sobre la cara norte de la Sierra Nevada de Santa Marta en la parte alta de la cuenca del río Buritaca, entre los 900 y los 1.200 m s. n. m. Las estructuras arqueológicas que quedan como vestigios del poblado se extienden a lo largo de unas 33 ha y están ubicadas sobre el filo y laderas de una estrecha colina que se eleva sobre el costado sur del río. Hoy en día el parque está rodeado de bosque húmedo tropical con grandes árboles y palmas cuyas alturas oscilan entre los 30 y 40 m. Sabemos que el bosque se regeneró a partir del momento en que este y otros sitios arqueológicos ubicados en la cuenca del río Buritaca fueron abandonados entre 1580 y 1650 d. C., aproximadamente, ya que antes de esta época una gran parte de las laderas estaba cubierta por cultivos de maíz, yuca y frijol destinados a alimentar a la población.



**Foto:** Archivo ICANH. Terrazas del sector Norte. Sepultadas bajo algunas de estas terrazas se encuentran las estructuras más antiguas del poblado que datan del siglo VI d. C.

A diferencia de otras zonas de la Sierra Nevada que han perdido gran parte de su cobertura, la densidad del bosque y la escasa presencia humana en esta área se manifiestan también en la amplia variedad de aves y fauna que se pueden observar en el parque y sus alrededores. De las más de 628 especies de aves que habitan en la Sierra Nevada, muchas de las cuales son endémicas, es común ver tucancillos y tucanes, chau-chau, colibríes, pájaros carpinteros, guacharacas y periquitos. Los monos aulladores se mueven constantemente por los alrededores de Ciudad Perdida y es común escuchar sus ronquidos en horas de la mañana cuando se desplazan por el bosque. En las zonas más alejadas se encuentran abundantes roedores de la especie agouti tales como guatinaja y ñeque, coatí (mapache), venado soche y pecarí (jabalí), además de gatos salvajes como jaguares y ocelotes (tigrillo). La guía de fauna del camino a Teyuna-Ciudad Perdida se encuentra disponible en todos los alojamientos a lo largo del recorrido. Dadas las características del bosque húmedo, en el parque es frecuente encontrar serpientes, en su mayoría inofensivas, a excepción de la mapaná o boquidorado (*Bothrops atrox*) y la coral (*Micrurus*) que son extremadamente venenosas.

**El número total de especies de aves en la Sierra Nevada iguala el total de aquellas que habitan en Estados Unidos de América y Canadá.**

## La sociedad tairona

Aproximadamente hace 1.800 años, los antecesores de la sociedad que hoy conocemos como *tairona* comenzaron a poblar las zonas bajas de la costa Caribe entre la Ciénaga Grande y el río Palomino; también construyeron pequeños asentamientos en las laderas de la Sierra Nevada. Hasta hace unos pocos años, sabíamos muy poco acerca de este periodo, comúnmente conocido como *Neguanje* o *Buritaca*, y su relación con aquellas sociedades que encontraron los españoles en el siglo XVI. Sin embargo, las últimas investigaciones arqueológicas en los sitios de Bahía Chengue y Pueblito (Parque Tairona), y Ciudad Perdida han encontrado sitios de habitación de estos primeros pobladores sepultados bajo las terrazas de tierra y piedra del periodo Tairona (1000 a 1600 d. C.).



Azulejo golondrina (*Tersina viridis*)  
Foto: Nicholas Bayly, Fundación Selva



Foto: Archivo ICANH. Sector El Canal. En esta zona se observan los trabajos de canalización de aguas y grandes terrazas construidas después del siglo XIV

En este periodo que va desde el 200 d. C. hasta el 1000 o 1100 d. C., aproximadamente, los sitios de habitación se caracterizan por ser aldeas de entre 4 y 10 ha con estructuras domésticas circulares, algunas de ellas ya con rústicos muros de contención en piedra. Las pocas estructuras funerarias de este periodo excavadas por arqueólogos indican la existencia de diferencias sociales en la población. Ajuares funerarios que incluían miles de cuentas de collar en cornalina, nefrita y jadeita, acompañadas de orejeras, brazaletes y narigueras en oro han sido encontrados en tumbas del periodo Neguanje.

Ya para los siglos XI o XII, los poblados en piedra de sus descendientes comenzaban a extenderse por toda la cara norte y el costado sur oriental de la Sierra Nevada, dando inicio a una de las sociedades más fascinantes y menos estudiadas del continente sudamericano. En 1514, cuando los exploradores españoles Juan de Ayora, Rodrigo de Colmenares y Gonzalo Fernández de Oviedo anclaron en la bahía de Santa Marta, más de 250 poblados taironas se extendían desde las bahías sobre el mar Caribe hasta los 2.700 m de altura, con una población total que posiblemente superaba los 250.000 habitantes diseminada en un área de unos 5.000 km<sup>2</sup> sobre la vertiente norte y suroccidental de la sierra. Además de los poblados, algunos de los cuales sobrepasan las 100 ha, entre los siglos XII y XV también se construyeron las extensas redes de caminos en piedra que los conectaban entre sí, canales de irrigación, terrazas de cultivo y sistemas de canalización de aguas.

Aunque es usual referirse a toda esta población con el término *tairona*, la organización social y política que encontraron los españoles en la región a comienzos del siglo XVI era verdaderamente compleja. Si bien parece haber existido cierta unidad lingüística, y la arquitectura en piedra y cultura material compartida sugieren un alto grado de unidad sociocultural, los poblados, agrupados de distintas maneras, funcionaban como unidades políticas independientes una de otra. Es decir, sabemos que en el siglo XVI

**Según varias de las fuentes documentales de los siglos XVI y XVII, la palabra *tairona* significa *fundición o fragua* y solo se usaba en referencia a una población o agrupación de poblados, esto es “los del valle de tairona”, pero después fue adoptada para referirse a todos los grupos. En realidad no sabemos cómo se llamaban a sí mismos.**

algunos líderes extendían su dominio político sobre otros poblados y tenían bajo su mando a otros líderes de menor rango, llegando a controlar grandes territorios o “provincias”, como las llamaron los españoles, pero parece que ningún líder ejercía control sobre toda la población ni todo el territorio. Esto supone un complicado panorama sociopolítico en el que los distintos líderes probablemente competían unos con otros por extender su influencia mediante alianzas, festines, intercambio de bienes y escaramuzas ocasionales entre ellos, por lo cual su poder y autoridad política aumentaba o disminuía acordemente. Debemos tener en cuenta también que los alrededores de la Sierra Nevada de Santa Marta estaban habitados por muchos otros grupos distintos a los que denominamos taironas, lo que aumenta aún más la variedad étnica y sociopolítica que encontraron los europeos.

Con la fundación de la ciudad de Santa Marta, entre 1525 y 1526, lo que hasta el momento había sido expediciones comerciales de pequeña envergadura en territorio tairona pasó a ser una empresa colonizadora impulsada por la Corona española. A lo largo del siglo XVI, los distintos gobernadores trataron infructuosamente de someter a la población, cristianizarla y dominar el territorio, pero solo llegaron a controlar el área inmediata alrededor de la pequeña colonia de Santa Marta y algunos pueblos del litoral, por lo que los pueblos ubicados sierra adentro siempre estuvieron fuera de su control. En general, el siglo XVI se caracterizó por intensos periodos de conflicto seguidos de años de calma y restablecimiento de relaciones pacíficas de intercambio entre indígenas y españoles. Vista de esta manera, la empresa colonial española en Santa Marta fue un profundo fracaso puesto que no logró establecer pueblos permanentes en la sierra ni dominar a su población. Era tan escaso el control territorial de los españoles sobre la zona que algunos líderes taironas alcanzaron a establecer relaciones comerciales con piratas ingleses y franceses, con los cuales intercambiaban piezas de oro por armamento —corazas, alabardas, espadas, dagas y arcabuces—, herramientas de acero —machetes y hachas— y vinos europeos. Al acceder a estos bienes exóticos, los líderes aumentaban su prestigio y autoridad política.

El lento pero progresivo abandono de los grandes poblados y aldeas taironas a lo largo del siglo XVI probablemente obedeció a múltiples factores que incidieron de manera importante en la población indígena. Además de los constantes conflictos, tanto internos como con los colonos españoles, la introducción de nuevas enfermedades tales como el tifo, la gripe, la

Foto: Archivo ICANH. Detalle de la escalera adosada al muro de contención de una terraza del sector Eje Central. Las losas de la escalera van empotradas al muro puesto que ambos fueron construidos de manera simultánea





Foto: Archivo ICANH. De cada zona de terrazas se desprenden múltiples caminos que conectan los distintos barrios entre sí

influenza y la viruela a principios del siglo xv ocasionó epidemias cíclicas que diezmaron la población. Si bien no tenemos cifras exactas para la Sierra Nevada, distintos estudios han demostrado que alrededor de 1570 la población indígena en distintas partes del Nuevo Mundo había descendido un 80% en promedio, y los documentos sobre la zona frecuentemente mencionan la aparición de plagas. La frecuencia y magnitud de las enfermedades impidieron que la población se recuperara, lo que generó graves problemas en la estructura social indígena que le impidieron reproducirse.

Por otro lado, y aunque sus efectos tienden a ser exagerados, la campaña punitiva de 1599-1600, emprendida por el recién llegado gobernador Juan Guiral Belón, logró derrotar a la población tairona que vivía en las cercanías de Santa Marta. En ese año, los pueblos indígenas de Bonda, Macinga y Jeriboca se levantaron en su contra ante la insistencia por adoctrinarlos en el cristianismo y exigirles el pago de tributos a la Corona. El levantamiento inicial cobró la vida de tres frailes doctrineros enviados para convertirlos, por lo menos otros 30 españoles, incluidas algunas mujeres y niños, y un número indeterminado de esclavos africanos y sirvientes indígenas. La retaliación española no se hizo esperar, Guiral Belón persiguió a los líderes políticos responsables del levantamiento hasta capturarlos y ejecutarlos, logrando de esta manera reducir a los pueblos indígenas más cercanos a Santa Marta. A su vez, aquellos que sobrevivieron a la venganza fueron repartidos en distintas encomiendas cercanas a Santa Marta y se les prohibió volver a establecer poblados en las partes altas de la Sierra Nevada.

A pesar de este despliegue de fuerza, los colonos españoles nunca lograron establecer poblados permanentes en la Sierra Nevada en los siglos xvii y xviii, por lo que el bosque lentamente fue cubriendo los grandes pueblos taironas. Se presume que la población indígena que sobrevivió migró hacia áreas fuera del control colonial.

La efectiva resistencia indígena y la poca penetración de los españoles en sus territorios durante este siglo significaron, a diferencia de otras áreas de Sudamérica, la ausencia de descripciones detalladas sobre la sociedad y la vida diaria. Sin embargo, un resumen de las descripciones más confiables y las investigaciones arqueológicas nos presenta una sociedad altamente jerarquizada, con líderes políticos y religiosos, alfareros, orfebres y talladores de piedra especializados, y lo que parecería ser una élite guerrera.

**Foto:** Archivo ICANH. Detalle de un camino y de una escalera de acceso a una terraza antigua que se encuentra sepultada bajo otra terraza que data de 990 d. C.



Documentos de principios del siglo XVI describen a los indígenas de la zona como especialmente cuidadosos con la apariencia personal, por lo que los adornos y la estética corporal parecen haber sido de suma importancia. Los hombres utilizaban narigueras y orejeras elaboradas en oro, adornos labiales —bezotes—, y pectorales semilunares, además de collares con cuentas en concha, hueso, dientes, cornalina, cuarzo cristalino, jaspe, esmeralda, nefrita y calcedonia. También era muy importante el arte plumario y se criaban aves específicamente para utilizar sus plumas en la confección de coronas, mantas y chalecos, o para engastarlas en adornos de oro o convertirlas en flores.

Los cronistas también coinciden en que aparte de estos adornos corporales el vestido de hombres y mujeres era bastante sencillo. Se menciona que los hombres usualmente andaban desnudos, a excepción de un cubrepene en concha, o una manta de algodón con diseños y colores terciada sobre los hombros. Las mujeres utilizaban mantas de algodón alrededor de la cintura o de los hombros para cubrirse, además de grandes cantidades de cuentas alrededor del cuello, pantorrillas, tobillos y muñecas. Los documentos resaltan que las mantas eran de algodón finamente tejido, teñidas

**En la mayoría de las sociedades indígenas con las que se encontraron los españoles en el Nuevo Mundo, los textiles eran increíblemente valiosos y, en algunos casos, considerados más preciosos que el oro.**

también mencionan la cría de abejas nativas (*melipona*) usando ollas de barro a manera de contenedores para las colmenas, y el uso de la cera para el vaciado de piezas de oro. En los pueblos costeros, la pesca y recolección de sal marina eran actividades especialmente importantes, puesto que se secaba y salaba el pescado para ser llevado a las partes altas de la sierra como bien de intercambio.

con colores y diseños, y que las usadas por personajes de más alto rango eran también adornadas con plumas y cuentas en oro y piedra.

Los pueblos estaban rodeados de cultivos de maíz, yuca, frijol y arboledas frutales, además de las pequeñas huertas con ají y plantas medicinales dentro de los poblados. Los cronistas españoles



**Foto:** Archivo ICANH. En el momento de construir las terrazas y los anillos se depositaban ofrendas propiciatorias en los rellenos de tierra que incluían objetos de oro, cuentas de collar, vasijas cerámicas de distintos tipos y herramientas de piedra tales como hachas y cincelos





**Foto:** Santiago Giraldo. Terrazas ascendentes del sector El Canal. Su construcción data del siglo XIV aproximadamente. Aquí se aprecian las grandes superficies aterrazadas con múltiples viviendas sobre ellas que pertenecían a familias extensas

## Descubrimiento de Buritaca 200 o Ciudad Perdida

El hallazgo de Teyuna-Ciudad Perdida se debe, lamentablemente, a los guaqueros o saqueadores de tumbas, responsables de destruir muchos sitios arqueológicos en la Sierra Nevada y en Colombia con el fin de obtener objetos precolombinos para la venta ilícita.

El encuentro del sitio condujo a su saqueo parcial y fue solo hasta que el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN) fue alertado sobre la existencia de un gran sitio en el Alto Buritaca que estaba siendo saqueado y se pudo organizar una expedición con la participación de los arqueólogos del ICAN, Luisa Fernanda Herrera y Gilberto Cadavid, quienes habían estado explorando la Sierra Nevada de Santa Marta desde 1973, y ya para la fecha habían ubicado unos 200 poblados taironas en un área de unos 1.800 km<sup>2</sup>. Dada la importancia del sitio, el ICAN diseñó y ejecutó un gran proyecto de investigación y restauración de las estructuras que se desarrolló en distintas fases entre 1976 y 1986.

La complejidad del sitio, las dificultades de acceso y la extensión de los trabajos de investigación ha requerido del concurso de arqueólogos, arquitectos, biólogos y un sinnúmero de trabajadores que a lo largo del tiempo han contribuido de distintas maneras.

Tal como se puede observar en las fotografías de la siguiente sección en las que Luisa Fernanda Herrera describe cómo fue su descubrimiento, en aquel momento el sitio estaba completamente cubierto por la vegetación y si bien algunas de las estructuras arqueológicas habían sido seriamente afectadas por la guaquería, la mayor parte de las terrazas y muros estaba en buen estado y sin mayores alteraciones. La distancia desde Santa Marta y otros centros poblados de la sierra y la dificultad para llegar la protegieron durante casi cinco siglos de sufrir grandes daños a manos de los guaqueros y saqueadores. A pesar de haber estado cubiertas por el bosque durante casi 500 años, un 85% de las estructuras encontradas en Teyuna-Ciudad Perdida estaban en buen estado de conservación. Por esta razón, los trabajos de restauración y consolidación de las estructuras implicaron más que nada la limpieza de la superficie de las terrazas y anillos de vivienda de árboles y vegetación, y arreglos a las partes superiores de los muros de contención. Muchos de los caminos se encontraron completamente cubiertos de

tierra y hojas, por lo que también tuvieron que ser limpiados y consolidados. En busca de la mayor autenticidad posible, los muros caídos fueron recompuestos sin el uso de morteros y se usaron las mismas piedras desprendidas, o rodadas, para los arreglos. La estabilidad de las construcciones a lo largo del tiempo facilitó las labores de consolidación, haciendo que fuera posible abrir el parque al público en 1981.

**Creado en 1938 con el nombre de Servicio Arqueológico Nacional, el Instituto Colombiano de Antropología (ICANH), en ese entonces parte de Colcultura, se convirtió en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Desde ese momento tiene a su cargo la protección del patrimonio arqueológico colombiano, incluyendo también los parques arqueológicos de San Agustín e Isnos, Tierradentro y Santa María de La Antigua del Darien.**



**Foto:** Archivo ICANH. Vista de las grandes terrazas centrales y de la cascada de la quebrada Quebrapatas

## El hallazgo de Ciudad Perdida

Luisa Fernanda Herrera, Ph. D.

Lo que voy a referirles a continuación trata de los recuerdos que tengo ya pasados 40 años del descubrimiento de Ciudad Perdida, del que hice parte como investigadora del Instituto Colombiano de Antropología (ICAN). Vale la pena aclarar aquí que el hallazgo inicial lo hizo Julio César Sepúlveda, guaquero e hijo de don Florentino Sepúlveda, colono y residente en la región del río Guachaca un año antes, en 1975.

En 1976, cuando hacía parte del grupo de investigadores del ICAN en Bogotá, y me encontraba analizando en el laboratorio el material cerámico recolectado en los 199 sitios arqueológicos reseñados durante un año de reconocimiento en las vertientes norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta, a la dirección del Museo del Oro llegó una llamada de Jaime Barón, uno de los mayores compradores de piezas arqueológicas en Santa Marta, comentando que sus muchachos habían encontrado un sitio de grandes dimensiones y muy interesante, de donde le habían llevado gran cantidad de objetos de oro, cerámica y de piedra de gran calidad. Él pretendía asociarse y trabajar en conjunto con el Museo del Oro en este sitio. Buscaba que como parte de la colaboración del museo se incluyera la consecución de un helicóptero para llegar al sitio, dado su difícil acceso y por encontrarse bastante retirado. Se trataba de una región cubierta de bosque a donde hasta el momento no habían llegado sino unos pocos gUAQUEROS.

Las pocas personas que habían ido hasta allí solo podían permanecer por un par de días ya que eran pocos los alimentos que podían cargar y era necesario bajar a reabastecerse continuamente. Los miembros de la familia Sepúlveda, quienes encontraron el lugar, se dedicaban entre otras cosas a la gUAQUERÍA. Otros gUAQUEROS que se habían dado cuenta de los tesoros que sacaban de allí lograron llegar después de seguir a los Sepúlveda en uno de esos viajes. El sitio estaba ya en boca de muchos gUAQUEROS que querían ir a probar suerte y fue cuando Jaime Barón se enteró de su existencia y contrató varios muchachos para que llegaran allí.

El Museo del Oro no le aprobó a Jaime Barón su petición y fue así como Clemencia Plazas, en ese momento directora del Museo del Oro, se contactó con Álvaro Soto, el entonces director del ICAN, y le informó del caso que debería ser asumido por esta entidad encargada. El director se

reunió con el grupo de arqueólogos encargados de los trabajos en la sierra, que éramos Gilberto Cadavid y Luisa Fernanda Herrera, y nos dio la orden de organizar el viaje para ir a ver de qué se trataba. Álvaro Soto inició los contactos de inmediato y consiguió el aval de Colcultura, el instituto al cual estaba adscrito el ICAN y la colaboración del Ejército para facilitarnos un helicóptero que nos llevara al sitio.

En la expedición participamos como arqueólogos por parte del ICAN Gilberto Cadavid, Lucía Rojas de Perdomo y yo. Además, Álvaro Soto invitó a Bernardo Valderrama, un arquitecto amigo de él. Nos tomó algunos días organizar el viaje, mientras se conseguían todos los permisos necesarios y los contactos de las personas en Santa Marta, que nos podrían acompañar y que eran conocedores del sitio a donde iríamos. Para esto hablamos con Jaime Barón, quien colaboró consiguiendo dos guaqueros que habían trabajado para él en Ciudad Perdida y que nos sirvieran de guías. Cuando todo estuvo listo, viajamos a Santa Marta.

Ya en Santa Marta organizamos una reunión con Jaime Barón y los dos guías. Ellos eran Franky Rey y el Negro Rodríguez. Nos pusieron al tanto del recorrido que actualmente hacían para llegar al sitio, de las dificultades de acceso tanto por la topografía como por estar en una región prácticamente virgen de bosque muy denso y relataron de forma sucinta cómo se había descubierto. Nos pusimos de acuerdo en lo que debíamos hacer antes de salir hacia La Tagua, el campamento militar de donde partiríamos en el helicóptero. Antes, nos encargamos de comprar los víveres necesarios para los días que permaneceríamos en campo.

Al otro día, muy temprano, estuvimos listos para salir hacia el aeropuerto de Santa Marta, donde nos debería recoger el helicóptero. Pasaron varias horas sin que llegara y cuando al fin lo hizo comenzaba a cubrirse la sierra de nubes. El Ejército mandó un helicóptero pequeño, por lo que fue necesario hacer varios viajes para transportarnos junto con el pesado equipaje. Iríamos inicialmente hasta el campamento militar de La Tagua que sería la base y se intentaría luego llegar hasta el sitio donde supuestamente nos dejaría el helicóptero. Como era tarde y la sierra se había cubierto de niebla, pasaríamos la noche allí para despegar temprano al día siguiente.

A primera hora de la mañana abordamos el helicóptero nosotros cuatro, junto con los dos guías y el equipaje, y partimos sierra arriba, hacia la parte alta del río Buritaca. Los guías, buenos conocedores de la región,

iban orientando al piloto hasta el sitio donde debería dejarnos. Las indicaciones eran claras y precisas y no hubo problema en encontrar el sitio. Al llegar, la vista era maravillosa; se trataba de un bosque muy denso donde sobresalían cientos de palmas de tagua. Eran inmensas, y no había ni un claro en algún sitio.

El gran problema era... ¿cómo íbamos a aterrizar? Era materialmente imposible. Bernardo y Lucía pretendían que nos descolgaran por sogas, pues no veían con buenos ojos hacer el trayecto a pie. Esto no era posible como es de suponerse y tuvimos que regresar hasta La Tagua para tomar nuevas decisiones y organizar el viaje a pie.

No entiendo cómo pudimos ser tan ingenuos, sobre todo Gilberto y yo, quienes, después de un año de correrías por la sierra conocíamos el territorio y debimos al menos haber puesto en duda la posibilidad de conseguir a esa altura un sitio adecuado y despejado para llegar en helicóptero. ¿Cómo pudimos pensar que esto fuera posible? ¡Que pudiéramos llegar a un sitio como el que nos describieron en helicóptero...! ¡Qué ingenuos!

Se trataba de un sitio que limitaba en su parte baja con el río Buritaca a 900 m de altura y subía hasta los 1.200 m, por el filo de una cuchilla. La pendiente era bastante abrupta, como de 60° y todo bajo una vegetación densa de bosque tropical. Para llegar allí se debía subir por la cuenca del río Guachaca y atravesar una región montañosa con fincas dispersas en la parte baja hasta llegar a la finca de don Gertrudis, un colono que tenía su finca en el límite con el bosque y era la última parte despejada del camino. Desde allí era necesario ir abriéndose camino entre el bosque durante dos días más hasta llegar al río Buritaca y finalmente a Ciudad Perdida. Este era un camino largo y tortuoso. Hasta allá solo se habían aventurado cazadores y guaqueros que iban tras los tesoros del sitio recién descubierto.

La decisión era si nos devolvíamos sin haber intentado llegar al sitio o hacer el camino a pie. Tomamos la decisión de hacer la travesía a pie y salir al día siguiente, después de organizar lo que deberíamos llevar y dejar en La Tagua lo que no fuera indispensable. Nos facilitaron una mula que llevaría lo más pesado, de manera que fuera más liviana la carga para cada uno de nosotros. Ella nos acompañaría solo hasta la casa de Gertrudis, donde permanecería hasta nuestro regreso. Como morrales, los guías nos acondicionaron costales donde llevaríamos lo estrictamente necesario; poca ropa, equipo de trabajo, utensilios para cocinar y comer. Los guías llevarían más

peso a sus espaldas por estar acostumbrados a ello y así facilitarnos el recorrido. De todas formas, íbamos muy cargados, el peso era grande y ni siquiera imaginábamos lo que nos esperaba. Al costal que llevábamos a modo de morral se le adecuaron unos lazos como correas; podrán imaginarse la incomodidad. Los guías nos dijeron que el camino hasta “el Infierno” sería de 4 a 5 días, en caso de que llegáramos.

Salimos muy temprano en la mañana de La Tagua, por un camino de herradura en la montaña que se conoce como el “alto del putas”. La primera parte del camino era en bajada por una trocha, cruzando por potreros con poca vegetación. La parte ardua era que no había sombra y el sol era abrasador. El descenso, sin embargo, fue muy lento. Lucía, al llevar un calzado inadecuado sufría con unas ampollas que se le formaron al poco tiempo de comenzar el camino. Esto hizo que la travesía se extendiera más tiempo del esperado y lo que los guías habían hecho en una jornada a nosotros nos tomó tres larguísimas jornadas. Debimos pasar la primera noche en la carpa que armamos al lado del camino, poniendo los sacos de dormir sobre las piedras y tratando de acomodar el cuerpo entre piedra y piedra. Después del segundo día de caminata el agotamiento era visible; Lucía andaba con dificultad, con fuertes dolores en los pies que ya eran una sola ampolla de sangre que cubría totalmente sus pies. La segunda noche la pasamos al aire libre en nuestros sacos de dormir. A la madrugada del tercer día salimos muy temprano para alcanzar a llegar a la finca de Gertrudis, el último colono, y el último sitio “civilizado”. Ese tercer día fue necesario reacomodar la carga, dividirla entre los demás de manera que Lucía pudiera caminar libre de equipaje. Ya en el último tramo, en el ascenso final hasta la finca de Gertrudis, Bernardo resolvió cargar a Lucía a costas porque ya literalmente no podía más con el dolor. Hasta este momento el camino iba a través de potreros, una que otra mata de monte, especialmente cerca de las cañadas; subíamos, bajábamos y volvíamos a subir. Y esto era apenas la primera parte, la más fácil, con muy poca vegetación y por camino de tierra, o como decían los guías, toda una autopista.

Al término del tercer día de camino llegamos a la casa de Gertrudis. Agotados por la caminata y el calor, descansamos el resto de la tarde para recuperar fuerzas y decidir lo que haríamos. Los pies de Lucía eran una sola llaga y no daban muestras de sanar muy pronto. Lo que era seguro es que ella no podría continuar si decidíamos seguir adelante. Hubo discusiones

sobre la conveniencia de continuar; la mayoría era partidaria de devolvernos pero yo no lo aceptaba; no podía creer que después de todo el camino recorrido y faltando tan poco tuviéramos que regresar; no estaba dentro de mis planes claudicar ahora; yo quería seguir adelante y llegar hasta el final. La propuesta que les hice fue que ellos se devolvieran si querían y me dejaran uno de los guías para que me acompañara hasta el sitio. No fue muy bien recibida la propuesta, pero finalmente Bernardo y Gilberto accedieron a continuar con el viaje. Se arregló todo para partir al día siguiente muy temprano y Lucía nos esperaba en la finca de don Gertrudis.

Esa noche llovió copiosamente; todo estaba encharcado. El camino a tomar estaba totalmente enlodado y la loma de Amansaguapos que debíamos subir era bastante pendiente y eterna. Los primeros metros fueron horribles pues allí se encontraban varios cerdos que hacían la subida casi imposible por el pisoteo y el barral que había. Esa primera parte, que sería como de unos 100 metros aproximadamente, era como caminar sobre jabón. ¡Qué horror! No empezábamos el ascenso cuando ya teníamos nuestras primeras dificultades. Subíamos un metro y bajábamos dos. Después de varios intentos, la única solución era hacerlo de rodillas, ayudándonos con las manos y sujetándonos de lo que hubiera para poder avanzar. Difícil comienzo, pero finalmente lo logramos; salimos del barrizal y aunque continuaba empantanado ya dentro del bosque se hacía menos tortuoso el avance. Fueron varias horas de subida fuerte y difícil, con lluvia permanente por lo que estábamos totalmente empapados de pies a cabeza. Los guías estaban preocupados y nos dijeron que si éramos capaces de completar el primer día de jornada llegaríamos sin problema. Todo dependía de las siguientes horas y de cómo avanzáramos pues debíamos llegar en dos jornadas. Nos decían que al “Infierno” hasta el momento no había llegado ninguna mujer y dudaban que fuéramos capaces de lograrlo, y no creían que yo aguantara el viaje. Pero mi terquedad me dio fuerza para continuar. Debo reconocer que en esta cuesta más de una vez la vi perdida, pero estaba resuelta a seguir adelante.

La noche la pasamos en el monte; los guías tendieron un plástico grande entre unos árboles, tumbaron unos árboles pequeños y delgados y sobre ellos colocamos los sacos de dormir para pasar la noche. Cuando estaban cortando leña para preparar la comida, Franky se cortó con el machete en la espinilla y comenzó a sangrar mucho. Se puso un emplasto de

café y panela sobre la herida y se acostó hasta que le pasara la hemorragia. Afortunadamente no fue grave y al día siguiente se pudo proseguir la marcha sin problema. El avance era lento pues era necesario ir abriendo camino con el machete por lo tupido de la vegetación. Cada vez sentíamos más el peso de nuestro equipaje y no había forma de que se secase la ropa. La humedad del bosque y la lluvia permanente no dejaba que nos secáramos y esto era un peso adicional. Los *jeans* dificultaban nuestros movimientos. Llegamos a un sitio llamado el Alto del Mira donde vivía un campesino. Era la cima de una montaña, donde había hecho un pequeño claro en el bosque para ubicar su vivienda. Solo se veía bosque por todas partes. Hasta ahí llegaba este primer ascenso. De ahí en adelante venía una bajada por entre el bosque, siguiendo varias cañadas. A esta parte se la conocía con el nombre de Canta Rana; era muy húmeda, su vegetación tupida, de grandes árboles, pero fácilmente caminable de no ser por lo liso del terreno. Varias caídas sufrimos por esta causa y en una de ellas al tratar de no caerme me agarré de la rama de un árbol. Esta se rompió con mi peso y me golpeó en la cabeza bastante fuerte. Sufrí un corto desmayo y seguí aunque adolorida y algo mareada. Era imposible no caerse. Era un sitio muy hermoso. Solo se oía el rumor del agua de las quebradas y el croar de las ranas; de ahí su nombre. El descenso era largo y además bastante empinado. El cansancio estaba haciendo mella y bajábamos rápido, como autómatas. Al llegar al final de la bajada se encontraba uno con el río Buritaca. Estábamos cerca, o por lo menos eso nos decían. Ni idea cuántas caídas sufrimos, las rodillas se aflojaban con el cansancio de la bajada; con la humedad del terreno los zapatos tenis nos hacían resbalar; caíamos y resbalábamos varios metros. Ya no sentíamos el cuerpo con el frío y la humedad.

Para llegar a Ciudad Perdida había que cruzar este río varias veces y los guías buscaban el lugar más apropiado para hacerlo. No siempre era fácil; a veces era necesario subir por piedras muy altas con la ayuda de bejucos de la vegetación cercana al río. En los puntos donde el río era muy ancho y corrientoso los guías se iban cada uno a un lado del río con un lazo grande y fuerte que habían llevado para que nosotros nos agarráramos de este y así cruzar el río con menos riesgo. El problema no era solo la corriente y la dificultad al cruzar sino que el peso de los morrales no nos ayudaba. Una vez al otro lado debíamos trepar por rocas altas durante un buen tramo para seguir el camino. A estas alturas ya nos faltaban fuerzas, estábamos

realmente agotados. La ropa empapada dificultaba los movimientos y mover las piernas en cada paso que dábamos era un gran esfuerzo. Después de varios intentos lo lográbamos y seguíamos el camino. En la tarde del quinto día llegamos a la base de Ciudad Perdida. Lo habíamos logrado, después de cinco jornadas extenuantes.

Estábamos en el sitio, en donde hoy se observa la larga escalera de subida. Pero de esta escalera solo se apreciaban tramos de escalones, ya que mucho estaba cubierto por la vegetación. Era una pendiente como de 60° y bastante resbalosa debido a la cantidad de lluvia que caía en esos días. ¡Qué subida! Agotadora y lo peor, parecía que no acababa nunca; fue necesario subirla arrodillados y ayudados con las manos. Una espesa vegetación nos rodeaba por todas partes y no se veía nada más. Después de subir un buen tiempo y rendidos, llegamos al primer plano de terrazas. Estábamos allí, finalmente ante las primeras terrazas. Fue una sensación muy especial; lo habíamos logrado; había sido un reto grande para todos; el paisaje que apreciábamos era hermoso; muchos tonos de verde de la vegetación; la niebla se estaba apoderando del lugar y oscurecía rápidamente; el sitio arqueológico era inmenso. Se apreciaba la mano del hombre en todas las terrazas que se veían y que eran indudablemente obra del hombre y no de la naturaleza. Estaba todo cubierto de hojarasca y vegetación, pero si se escarbaba un poco se encontraba uno con enlosados por todas partes. Me sentía feliz, lo había logrado a pesar de todas las dificultades. Era la primera mujer en pisar este maravilloso sitio.

En una de las terrazas encontramos un cambuche que había sido utilizado anteriormente por los guaqueros para pasar la noche. Lo adecuamos poniendo más hojas de palma en el techo para protegernos de la lluvia; construimos una parihuela con troncos de palma tagua partidos por el medio sobre pilotes para quedar aislados del piso al colocar los sacos de dormir, y se consiguió leña para el fogón donde se prepararía la comida. Debajo del sitio de dormir había un hueco de guaquería el cual aprovechamos para el almacenamiento de la comida y protegerla del agua y de los animales durante los días de estadía en el sitio.

Una vez todo estuvo organizado hicimos un primer recorrido por el filo central, en donde observamos bastante camuflado por la vegetación un muro de piedra de gran altura, sobre el cual crecían algunas palmas de tagua y más allá la “piedra del mapa”. Era una piedra grande con líneas y

puntos en bajorrelieve que iban en varias direcciones. Se encontraba bien conservada y cubierta de musgo. En lo recorrido ese día se podían observar losas que pertenecían a las terrazas, levantadas por acción de los árboles y de la guaquería. Las huellas de esa actividad se veían por doquier. Veíamos gran cantidad de huecos de donde seguramente habían sacado los “tesoros” de los que nos habían hablado los guías y, a los lados, gran cantidad de material cerámico y lítico disperso por todas partes.

La humedad que se sentía era impresionante; llovía todo el tiempo; la neblina se presentaba desde las primeras horas de la tarde y si queríamos conocer el sitio no podíamos esperar a que escampara pues eso no iba a suceder. No se trataba de lluvias suaves sino de aguaceros torrenciales durante la mayor parte del día y, claro, de la noche. Esa primera noche en el sitio fue poco lo que dormimos, en parte por el cansancio acumulado pero también por el frío que se nos metía en los huesos.

A la mañana siguiente nos dispusimos a recorrer el sitio, aprovechando que el tiempo había mejorado y que la claridad pasaba a través de la espesura. Aunque los rayos del sol no llegaban hasta donde estábamos, la luz sobre la vegetación arbustiva y herbácea daba unos visos hermosísimos con diferentes tonalidades a la vegetación. Debíamos aprovechar esas pocas horas de luz, pues en la tarde el bosque se cubriría de una densa niebla que no dejaba ver a más de diez metros y luego comenzaba la lluvia oscureciéndolo todo.

Aprovechamos para ver el sitio con más detenimiento y apreciando mejor la cantidad de terrazas a lo largo de todo el filo. Inicialmente, el recorrido lo hicimos siguiendo el filo central del poblado. ¿Qué encontramos? Además de los innumerables huecos de guaquería en el centro y bordes de las terrazas hasta la altura del actual helipuerto, muros de contención de diferentes alturas, dependiendo de la función que cumplían; pero en ese momento no era mucho lo que se podía apreciar; tan solo lo podíamos imaginar; abundaban las palmas de tagua las cuales generalmente crecían encima de los muros; algunos de ellos se veían abombados por la acción de las raíces y la hojarasca y el resto de vegetación cubría enteramente el sitio. De los caminos y escaleras solo se veían algunos tramos muy cortos, pero se vislumbraba la inmensidad, imponente e importancia de este sitio arqueológico. Al limpiar un poco las terrazas se observaban segmentos de enlosado sobre los muros de contención construidos con lajas de piedra,

algunas de ellas de gran tamaño y trabajadas, y algunas partes de los anillos. El muro de la terraza principal, donde luego aterrizaría el helicóptero, estaba totalmente cubierto de vegetación y no se apreciaba mucho de él. Esa terraza era inmensa. Nunca hubiéramos sospechado lo que se escondía allí. Eso sí, era la que más alteración había sufrido; se veían cantidades de huecos y muchísimo material arqueológico disperso.

Luego nos dirigimos hacia el costado occidental del filo en la parte alta donde se encuentran las últimas estructuras. Era claro para nosotros que el sitio continuaba, encontrándonos con muros y fragmentos de camino, visibles tan solo parcialmente. El frío que hacía era intenso y se metía en los huesos; los insectos pululaban y molestaban mucho. Tal vez los que más molestias causaban eran unos tábanos que eran capaces de picar a través de los *jeans* y camisas; picaban muy fuerte y existían por millares; eran tan molestos que los guaqueros les dieron el nombre de “guerrilleros”.

Era impresionante la cantidad de fauna, sobre todo la diversidad de aves, entre las que abundaban las oropéndolas que construían sus nidos en lo alto de las palmas de tagua, gallinetas y paujiles. Se podían observar muchos rastros de manaos, el cerdo salvaje, que era atraído por la abundancia de comida ya que gustaba mucho de las pepas de tagua. Otros habitantes numerosos del lugar eran los monos aulladores; se los podía oír y ver en todas partes. Las serpientes también abundaban; creo que de los lugares que recorrí, este era en donde más las pude apreciar; las había de muchas especies y las más comunes eran la mapaná, la pudridora y la coral. Era preciso caminar con gran cuidado para no tener un encuentro repentino con ellas. Los roedores abundaban también. Entre los insectos abundaban mariposas muy variadas, tábanos, zancudos, hormigas y arañas principalmente.

Franky y el Negro Rodríguez nos relataban en las noches cómo fue que llegaron las primeras personas a este sitio. Florentino Sepúlveda junto con sus hijos se internaron en el bosque cazando y en su recorrido se encontraron con este sitio que estaba virgen. Ellos además eran guaqueros. Al ver las estructuras de piedra se emocionaron pues nadie antes había llegado hasta aquí. Aprovecharon para echarle una ojeada inicial y al darse cuenta de su imponencia decidieron volver ya preparados con sus herramientas a buscar tesoros. Según cuentan, encontraron abundantes objetos de oro, cerámica y piedra muy bien trabajados, los cuales bajaron a vender a Santa Marta. Hicieron varios viajes y todos con resultados extraordinarios.

Esto produjo intriga entre los gvaqueros que no sabían de dónde provenía tanto material. Otros gvaqueros decidieron seguirlos y fue entonces cuando se enfrentaron, lo que acabó en la muerte de Julio César, uno de los hijos de don Florentino Sepúlveda. Después de este hecho lamentable, el sitio se hizo público a los demás gvaqueros que trabajaban en la sierra y el saqueo aumentó. Jaime Barón, al enterarse de la existencia del sitio y apreciar la calidad de los objetos recuperados, envió a varios de ellos para que fueran a gvaquear en el sitio.

La familia del gvaquero muerto intentó bajarlo pero fue imposible dada la distancia y lo escarpado del camino, por lo que decidieron enterrarlo en una de las terrazas cercanas al filo central. Le hicieron una tumba temporal rodeada de piedras, colocándole una cruz y algunas flores alrededor. Más tarde verían cómo podrían sacarlo de allí para trasladarlo a otro lugar.

Al tercer día de haber llegado a Ciudad Perdida tuvimos que partir, pues los roedores, abundantes en el lugar, se dieron todo un festín con la comida que nos quedaba. Debimos regresarnos pero estábamos seguros que este sería el primero de muchos viajes. Valía la pena conocerlo más y determinar la extensión y estructura del sitio.

Para el momento del regreso andaba en problemas con mi calzado. Los zapatos tenis estaban cayéndose a pedazos; la tela se había podrido por la humedad; era necesario buscar una solución si es que no quería continuar descalza. Entonces, Franky, que era muy recursivo, solucionó el impase de una manera bastante sencilla: con un bejuco los amarró por encima de lado a lado y para mi sorpresa, la solución fue perfecta. Volví a sentirme segura y aguantaron hasta el final del viaje.

El camino de regreso, como siempre, le parece a uno menos duro; estábamos empeñados en hacerlo hasta donde Gertrudis en una sola jornada. La ventaja era que mucho del recorrido era en bajada y esto nos ayudaría. Emprendimos el descenso a un ritmo frenético; otra vez las caídas eran lo normal pero no nos importaba. Al final de la tarde llegamos a la cima de la loma de Amansaguapos, fue una carrera descomunal y logramos llegar donde Gertrudis. Eso sí, llegamos totalmente agotados, sudorosos y mugrientos pero no tuvimos ningún tropiezo. Al llegar nos recibió la familia de Gertrudis y Lucía; sus pies estaban en mejor estado aunque no se habían curado totalmente. Nos comentó que durante su estadía había recorrido el sitio arqueológico donde se encontraba el predio. Le narramos nuestra

experiencia en Ciudad Perdida y lo que pensábamos del sitio. Se trataba de un hallazgo importante y era necesario volver a visitarlo. Se les comentó a Gertrudis y sus hijos que el ICANH volvería muy pronto a comenzar trabajos arqueológicos durante las dos semanas siguientes. Hasta nuestro regreso, varias cuadrillas de gUAQUEROS llegaron al sitio y lo afectaron bastante utilizando el método de volteo, en el que varias personas se ubican en una misma terraza con sus herramientas y levantan literalmente todo, losas de terrazas, anillos, etc., para localizar más rápidamente las tumbas. De esta manera, la destrucción fue enorme pues hasta el momento la gUAQUERÍA la habían hecho ubicando las tumbas con varilla, un método menos perjudicial.

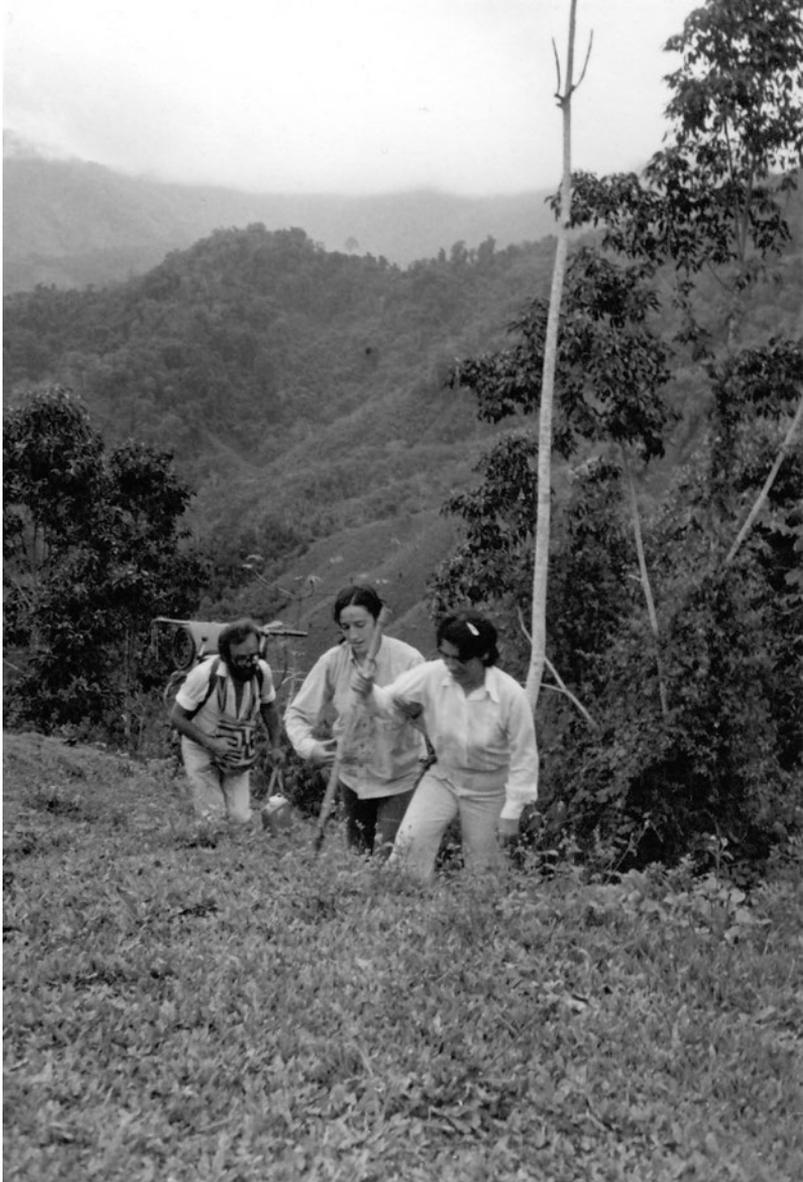
Transcurrió la noche en la casa de Gertrudis y en la mañana cargamos la mula con la mayoría del equipo y salimos con un equipaje más liviano. Según nuestros cálculos deberíamos llegar a La Tagua en dos días, pensando en la subida larga que nos aguardaba en el “alto del putas”. Esa última subida fue todo un reto, pues, aunque era como decían nuestros guías, una autopista, la loma era empinada y muy larga; además, el cansancio ya se notaba. El camino daba vueltas y vueltas y cuando creíamos que ya alcanzábamos la cima no era así, seguía subiendo; se hizo interminable. En la mitad del camino nos quedamos a pasar la noche pues era imposible que con todo el cansancio acumulado pudiéramos hacer el viaje en una sola jornada. El sol era abrasador y no había cómo protegerse de él. Finalmente, llegamos a La Tagua; nos parecía mentira. Al llegar allí, y después de un corto descanso, tomamos un camión para bajar hasta Santa Marta y de ahí de regreso a Bogotá.

Aquí terminó el primer viaje en el que la ciencia descubriría Ciudad Perdida. A partir de ese momento se daría comienzo a la toma del lugar por parte de investigadores que iniciarían la reconstrucción y excavación arqueológica de uno de los sitios prehispánicos más imponentes que hay en el territorio nacional.

Las fotos del siguiente apartado pertenecen al archivo personal de Luisa Fernanda Herrera.



Helicóptero en el que viajamos a La Tagua y donde, desde lo alto, observamos a Ciudad Perdida



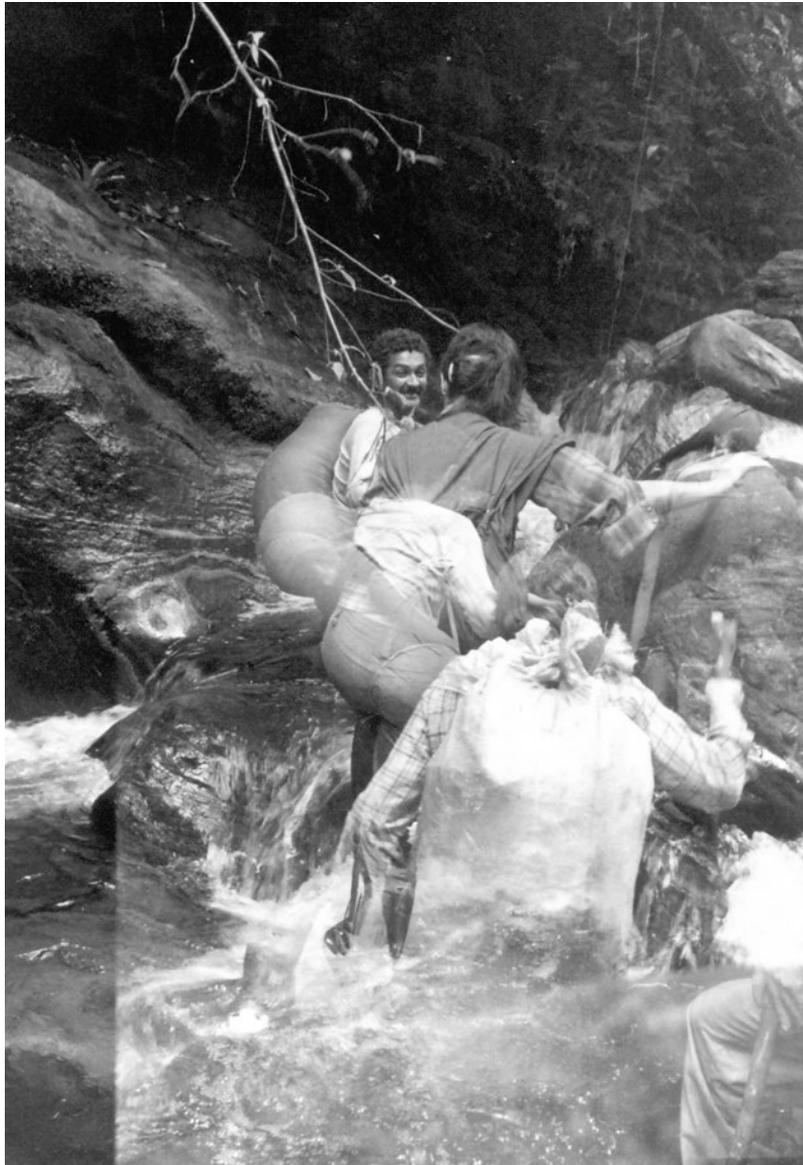
Día de llegada a la casa de Gertrudis desde La Tagua. La última subida. En la foto: Bernardo Valderrama, Lucía de Perdomo y yo



Una vez coronamos la loma Amansaguapos, fue necesario sentarnos un rato a tomar aire



Cruzando el río Buritaca por encima de unas enormes piedras





Cruzando el río Buritaca por otro punto, camino hacia Ciudad Perdida. En la foto se aprecian las enormes rocas que debíamos trepar



Después de cruzar una de las veces el río Buritaca, nos encontramos con una enorme roca que debíamos subir. La única forma de hacerlo era ayudados por lianas



La piedra del mapa ubicada en una de las primeras terrazas al llegar a Ciudad Perdida



Cambuche dejado por guaqueros. En este lugar nos quedamos en Ciudad Perdida



Muro de vivienda al que le quitamos la hojarasca para poder apreciarlo



Franky Rey al lado del muro de una terraza en Ciudad Perdida. Para tomar la foto fue necesario retirar la hojarasca y la vegetación superficial de manera que se hiciera visible el muro



Muro de contención de una terraza que se observó bastante bien a pesar de la vegetación que lo cubría. A la izquierda se aprecia, vagamente, un camino que llega a la terraza



Escalera de acceso a la terraza ubicada sobre el muro de contención. La hojarasca y la vegetación cubrían todo



En casa de Gertrudis al regresar de Ciudad Perdida. De izquierda a derecha: el Negro Rodríguez, Luisa Fernanda, Bernardo Valderrama, Gilberto Cadavid y Franky Rey



Cerca de La Tagua de regreso de Ciudad Perdida. En las fotos aparecen: Gilberto Cadavid, Franky Rey, Luisa Fernanda, el Negro Rodríguez, Lucía de Perdomo y Bernardo Valderrama



De regreso en La Tagua desde Ciudad Perdida



Estado lamentable en el que llegaron mis tenis, pero que aguantaron gracias a la costura con un bejuco que les hizo Franky



**Foto:** Archivo ICANH. La circulación en el poblado fue diseñada para dispersar a las personas rápidamente a través de caminos internos a los barrios y aquellos que pasan a un costado, como este andén del sector Eje Central

## 2. Ciudad Perdida o Buritaca 200

**Después de 30 años de investigación arqueológica**, en el parque se han ubicado más de 200 estructuras dispersas en unas 33 ha que son restos de viviendas, caminos y escaleras en piedra, residencias, plazoletas, edificaciones ceremoniales y de reunión, canales y áreas de almacenamiento. Por fuera de estas 33 ha, en el bosque que rodea el sitio se encuentran aún más estructuras.

Hoy en día la parte alta del río Buritaca está deshabitada, pero hace 500 años Ciudad Perdida estaba rodeada de otros poblados. Entre 1976 y 1982, mientras se adelantaban las labores de investigación y consolidación en Ciudad Perdida, los arqueólogos hallaron otros 26 asentamientos. Por ende, a lo largo de todo el camino, e imperceptibles para la mayoría de los visitantes, se encuentran poblados y terrazas, algunas cubiertas por el bosque, mientras que otras han sido destruidas o saqueadas a medida que se cortan árboles para áreas de cultivo o para apacentar ganado.

Entre los 26 sitios arqueológicos encontrados hasta ahora en la cuenca del río Buritaca, Ciudad Perdida parece haber sido el más extenso, importante y monumental de todos, por lo que se asume que esta era la sede del poder político de los poblados ubicados en la parte alta de la cuenca. Sin embargo, aún hacen falta muchos años de investigación para poder comprender cuáles eran los vínculos políticos, económicos, sociales y rituales entre los distintos poblados. De igual manera, apenas se empieza a comprender la compleja historia constructiva de Ciudad Perdida y los cambios que sufrió el poblado a lo largo del tiempo.

## Historia de la construcción del poblado

Hasta hace algunos años, se estimaba que la construcción del poblado databa de alrededor del año 1000 d. C. No obstante, la investigación arqueológica más reciente realizada en el parque (Giraldo 2010) encontró que las zonas de vivienda más antiguas datan de alrededor del 650 d. C., y que estuvieron ocupadas hasta por lo menos el 1100 o 1200 d. C., por tanto, pertenecen al periodo conocido como Neguanje. Localizadas en el sector Norte del asentamiento, corresponden a la primera agrupación de terrazas y anillos que se encuentra al terminar la escalera que sube desde el río Buritaca. Estas estructuras antiguas están sepultadas debajo de las terrazas y anillos que se encuentran a la vista, lo que da indicios acerca de la secuencia de construcción de este sector y del Eje Central.

Las terrazas de este conjunto de residencias fueron aparentemente construidas de manera ascendente, al igual que la secuencia de terrazas del Eje Central, siendo la gran terraza la última en ser construida. Esto sugiere que las terrazas y muros en piedra que fueron limpiados y consolidados entre 1976 y 1986 y que se encuentran a la vista fueron construidos entre los años 1200 y 1600 d. C., después de modificar y sepultar construcciones anteriores. Fue en este periodo en el cual se llegó al diseño que puede ser observado hoy al visitar el parque. Algunos arqueólogos estiman que en el siglo XVI Ciudad Perdida pudo haber tenido entre 1.500 y 2.000 habitantes, y que si se tienen en cuenta los otros asentamientos ubicados en la cuenca, la población de la zona debió ser de unas 10.000 personas. Estos son estimativos preliminares puesto que es difícil realizar cálculos demográficos precisos para poblaciones precolombinas.

## Arquitectura tairona

Dadas las características del terreno de la Sierra Nevada de Santa Marta, la construcción de grandes aterrazamientos fue fundamental para poder erigir templos, residencias, plazoletas y sitios de reunión. Para propósitos de defensa, la localización de la gran mayoría de los poblados sobre la cima de colinas escarpadas y de difícil acceso hacía innecesario construir fortificaciones. Si además tenemos en cuenta que la única manera de llegar a los poblados es a través de escaleras emplazadas sobre pendientes con hasta un 60%

de inclinación, en las que solo es posible desplazarse en fila india, podemos entender por qué fue tan difícil para los españoles atacar y dominar estas poblaciones. A su vez, se aprovecharon las laderas menos pronunciadas y áreas planas como espacios de cultivo.

Las terrazas que se observan en Ciudad Perdida son de dos tipos, pero en general se utiliza la técnica conocida como *tierra armada*. Las más sencillas comenzaron como cortes sobre una ladera a la que se le agregan hiladas de piedra en la parte baja para crear un muro de contención y en la parte alta para recubrir el talud. La superficie plana que queda es reforzada mediante compactación, en algunos casos agregándole más piedra de tamaño mediano. Para elevar el muro por encima de 1 m de altura es usual que se agregue una hilada de lajas más anchas sobre las que se eleva otro muro escalonado. El peso del muro sobre las lajas más anchas actúa de amarre sobre la estructura, impidiendo su deformación o deslizamiento. Una vez terminada la terraza, se recubrían las superficies expuestas al agua con losas de piedra para evacuar el agua rápidamente, evitando así la erosión por saturación de agua. Se emplazaba entonces el anillo en piedra cortada y pulida, elevado de la superficie que servía de base a la vivienda o estructura a ser construida sobre esa terraza.

A medida que creció la población y la necesidad de espacios planos, se fueron agregando cortes cercanos, empatando unos muros con otros hasta crear grandes superficies aterrazadas de manera escalonada que superan los 3.000 m<sup>2</sup> de superficie utilizable. Por otro lado, las terrazas construidas sobre la colina principal, que constituye la base del Eje Central, implicaron la construcción de muros de contención a ambos lados de afloramientos rocosos superficiales, y el relleno y nivelación progresiva. Una vez se completaba una plataforma, era posible construir la siguiente puesto que la primera se usaba como base para el muro de contención de la que seguía. En los bordes de los muros también se pueden observar puntales verticales hincados en la tierra que sirven para evitar el desplazamiento de las hiladas de piedra.

Uno de los aspectos más interesantes de la arquitectura tairona es que representa un claro ejemplo del desarrollo de patrones constructivos completamente diferentes a la experiencia urbana moderna en donde predomina la línea recta, la subdivisión espacial en cajas y el uso de ángulos rectos. Incluso si se le compara con los patrones constructivos de otras

sociedades precolombinas tales como la inca, la maya, la azteca o los grandes centros urbanos de Teotihuacán (México), o Tiwanaku (Bolivia) no existen similitudes aparentes ya que en estas es frecuente el uso de las formas cuadradas, la línea recta y el uso de muros divisorios para crear múltiples espacios internos dentro de una sola edificación.

Por el contrario, en la arquitectura tairona resalta la sinuosidad, el uso del círculo como elemento formal, los espacios abiertos entre construcciones y el manejo constante de la circulación y el movimiento en los poblados. Esto también se puede observar en la extensa red de caminos, escaleras y andenes internos que guían la circulación en un asentamiento como Ciudad Perdida. Si bien la arquitectura tairona y la construcción de estos poblados transformó completamente el paisaje de la Sierra Nevada de Santa Marta entre los siglos XII y XV, uno de los aspectos más interesantes es que las formas utilizadas siguen y resaltan las formas topográficas y el paisaje mismo. Esto implica un patrón de baja densidad constructiva en comparación con el área total ocupada, la cual pudo ser mucho más extensa.

Por otro lado y debido a este patrón, los poblados taironas no tienen bordes bien definidos que nos permitan determinar con claridad dónde comienza o termina un pueblo. A diferencia de muchas otras sociedades precolombinas y preindustriales, los taironas no hicieron uso de muros, fortificaciones o paredes defensivas perimétricas para delimitar y encerrar sus poblados. Si a esto le agregamos la existencia de un sinnúmero de caminos que comunican a los poblados entre sí, lo que emerge es un patrón de poblamiento caracterizado por la conurbación. Esto significa que en un área determinada, como puede ser una cuenca de un río y sus afluentes principales, se encuentran una serie de poblados, cada uno con sus características, que hacen parte de un mismo sistema. A grandes rasgos, esto es lo que ocurre en la cuenca del río Buritaca y otras zonas de la sierra que en tiempos precolombinos parecen haber estado densamente habitadas.

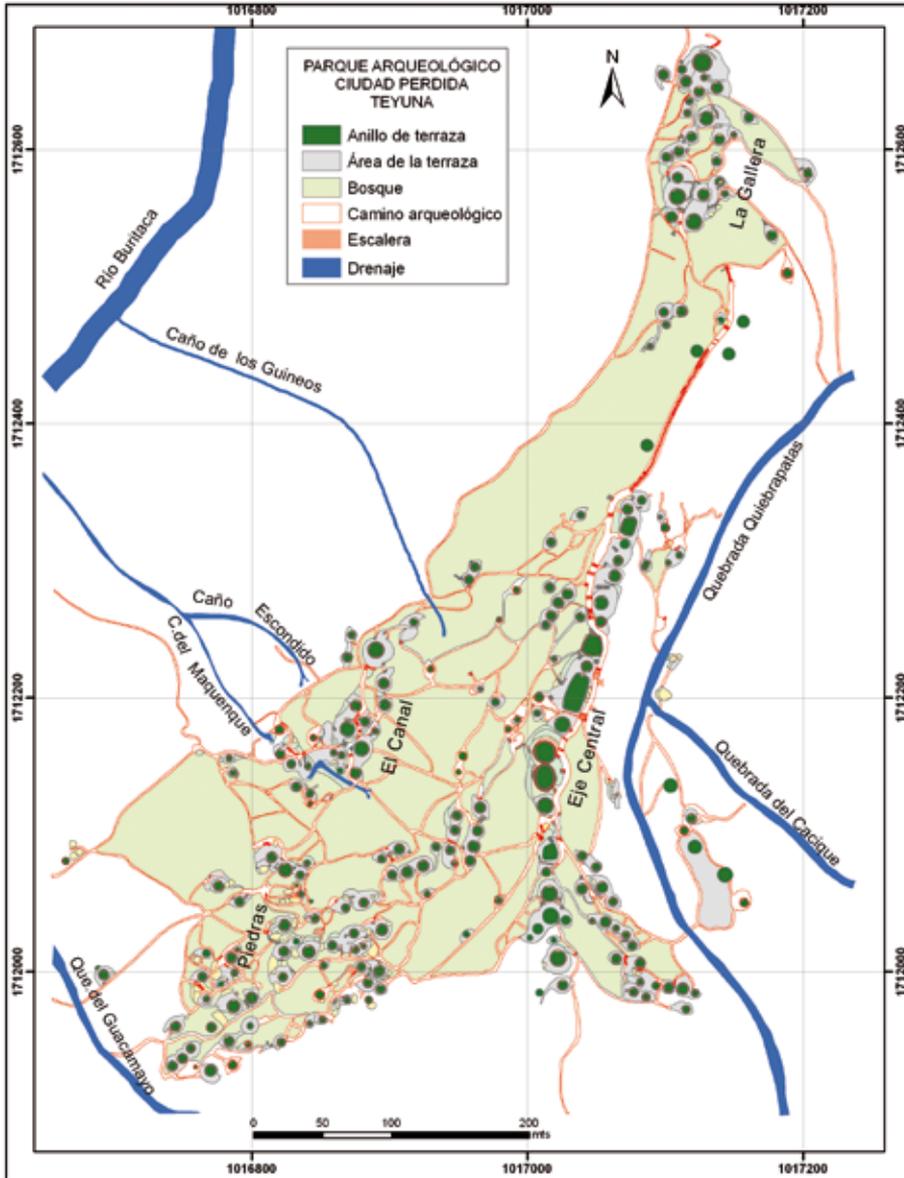
Foto: Archivo ICANH. Las terrazas y anillos elevados fueron diseñados para mantener las áreas habitables lo más secas posibles debido a las intensas lluvias



## Sectores de Ciudad Perdida

Una vez en el parque, el recorrido que tradicionalmente hacen los guías para los visitantes toma entre 45 minutos y una hora. Sin embargo, por fuera del recorrido habitual, y si se cuenta con el tiempo suficiente, los visitantes pueden conocer todos los sectores abiertos al público. En general, el recorrido comienza en la gran terraza central, continúa hacia el sector Piedras, —en donde también están ubicadas dos viviendas utilizadas por el *mamo* kogi de la cuenca—, baja al sector de El Canal y toma el camino periférico hasta el sector Norte o de La Gallera. Desde aquí se sigue el camino empedrado hasta la quebrada Quebrapatas, en donde se puede tomar un baño, y continúa de nuevo hasta el punto de inicio ascendiendo por la escalera central.

Para hacer más fácil la ubicación en el parque, ofrecemos una breve descripción de los sectores que componen el sitio arqueológico, con el número aproximado de terrazas y su extensión.



Mapa 2. Levantamiento topográfico y arquitectónico del Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida

Fuente: Cartografía temática realizada por el ICANH con base en el plano base de Margarita Serje y Guillermo Rodríguez, y la digitalización y corrección de Santiago Giraldo y Alejandro Bernal.

## Sector: Eje Central

En esta zona se encuentran aquellas estructuras donde probablemente se concentraba el poder político y social del asentamiento. Desde la primera terraza, que converge con la escalera central, fueron construidas de manera ascendente en un breve periodo de tiempo después de 1200 d. C. En esta zona se encuentra el trabajo en piedra más elaborado y complejo del sitio arqueológico, que requirió de considerables cantidades de piedra y horas de trabajo para la realización de las estructuras. La terraza más grande y la estructura ovalada que le sigue hacia el norte —conocida como La Capilla—, dados su gran tamaño, elaboración arquitectónica y localización central, fueron utilizadas como sitios de reunión para la realización de festines y rituales. Los anillos más pequeños seguramente fueron estructuras residenciales y de almacenamiento para la élite del poblado. A lado y lado del Eje Central se encuentran más terrazas residenciales a las que se llega por caminos y escaleras que se desprenden del sector central. En total ocupa un área de unos 48.000 m<sup>2</sup>.

- Número de terrazas: 46
- Número de anillos: 60

## Sector: Piedras

Este es uno de los sectores con mayor densidad de construcción del poblado y en el que mejor se observa el aprovechamiento y uso de grandes rocas como base para las terrazas, secciones de los muros e incluso como mobiliario. Aquí también se puede observar el cuidadoso trabajo de canalización de aguas en los desagües de algunas terrazas y anillos. En este sector también se han encontrado zonas de canteras que probablemente fueron utilizadas en las construcciones. De aquí se desprende el otro camino de acceso al poblado que baja hasta el río Buritaca y conduce hacia asentamientos ubicados más arriba en la cuenca. Es una zona eminentemente residencial. Las construcciones se extienden a lo largo de unos 28.000 m<sup>2</sup>.

- Número de terrazas: 38
- Número de anillos: 51

## Sector: El Canal

Algunas de las excavaciones realizadas en el 2006 y después en el 2017 en este sector hacen pensar que fue uno de los últimos en ser construido, posiblemente entre los siglos XV y XVI. Aquí se pueden observar terrazas bastante complejas, con múltiples escaleras y muros de contención, además de un canal para conducción de aguas. Es también uno de los sectores más hermosos por el modo en que las distintas terrazas siguen la pendiente de manera escalonada. Las construcciones ocupan un área de 16.000 m<sup>2</sup>. Al igual que el sector Piedras, es un lugar residencial.

- Número de terrazas: 22
- Número de anillos: 28

**Foto:** Archivo ICANH. Poblado kogi de Mutanzhi, por el cual se pasa en el segundo día de camino. Un poco antes del poblado comienza el resguardo indígena kogi-malayo-arhuaco y el Parque Nacional Natural Sierra Nevada de Santa Marta





**Foto:** Santiago Giraldo. Terrazas del sector Piedras. Aquí se pueden observar los detalles constructivos relacionados con el manejo de aguas alrededor de las viviendas

## Sector: Norte o La Gallera

Este es el primer grupo de terrazas al que se llega al ascender por la escalera que viene del río Buritaca. Es el sector residencial más antiguo, puesto que fue aquí donde se encontraron la mayoría de las estructuras sepultadas que corresponden al periodo temprano o Neguanje. También se pueden observar algunos de los anillos y terrazas más amplios. Se cree que un pequeño anillo encontrado en este sector servía de base para una estructura de almacenamiento. De este sector se desprenden caminos hacia la quebrada Quebrapatas, el Eje Central, el sector de El Canal y el río Buritaca. Las construcciones ocupan un área de 28.000 m<sup>2</sup>.

- Número de terrazas: 19
- Número de anillos: 32



**Foto:** Archivo ICANH. Panorámica de las grandes terrazas centrales al amanecer. Estas estructuras servían como espacio para fiestas, festines y grandes reuniones de la población





Foto: Santiago Giraldo. Atardecer en Teyuna-Ciudad Perdida

## 3. Cómo llegar a Ciudad Perdida

Desde su descubrimiento en 1976, el acceso a Ciudad Perdida se ha realizado principalmente por vía terrestre, siguiendo alguna de las dos rutas habilitadas. Sin embargo, actualmente la única ruta autorizada es la que asciende por la cuenca del río Buritaca. Es importante tener en cuenta que una visita a Ciudad Perdida exige por lo menos de 4 a 5 días de caminata —46 km ida y vuelta— con temperaturas alrededor de los 26 °C y altos índices de humedad y lluvia, por lo cual se debe planear adecuadamente.

La remota ubicación del parque en medio del bosque tropical, la ausencia de carreteras, automóviles, buses y trenes turísticos, unidas a la belleza del paisaje y la monumentalidad del sitio arqueológico es uno de sus mayores atractivos. En general, esto es lo que ha permitido la conservación de la zona y la sostenibilidad del parque a largo plazo.

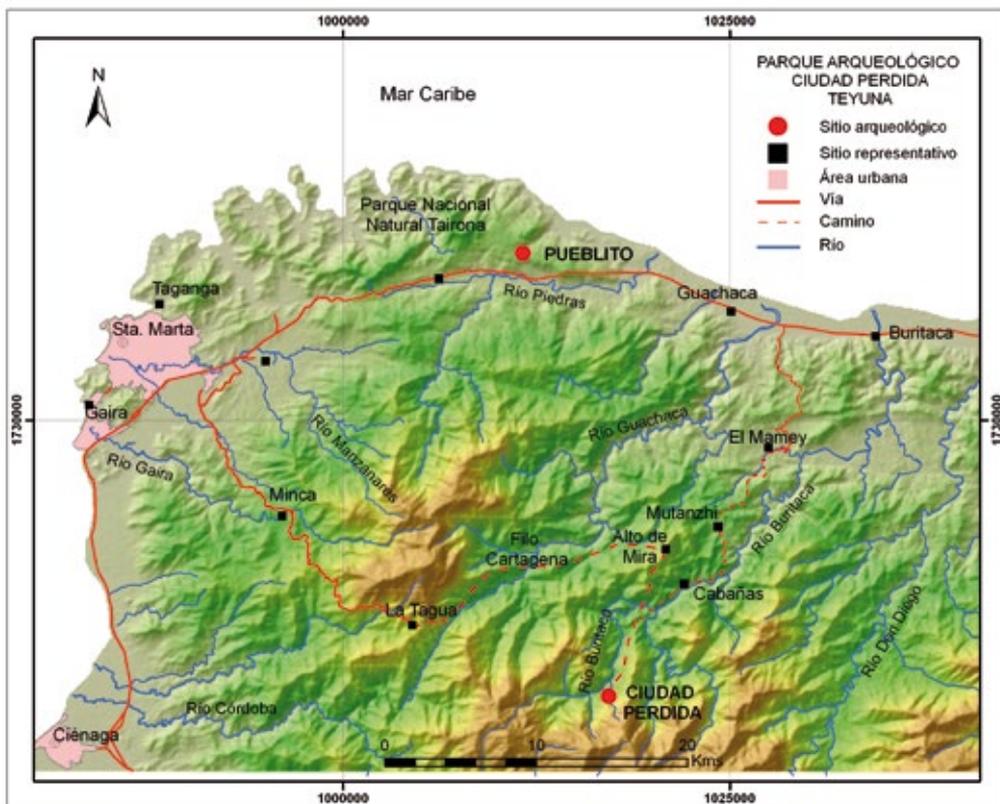
En esta parte de la Sierra Nevada hay dos temporadas secas denominadas *verano* y *veranillo* y dos temporadas de lluvias o invierno. El verano usualmente va desde enero hasta finales de marzo, seguido por una temporada de lluvias desde abril hasta finales de junio. A la temporada seca de julio y agosto, también conocida como veranillo, le sigue una temporada de intensas lluvias desde mediados de septiembre hasta finales de diciembre. Es importante tener en cuenta que el mayor número de visitantes se presenta a finales de año y durante Semana Santa, por lo que si se desea visitar el parque en esta época las reservas con los operadores turísticos se deben hacer con bastante antelación.

El viaje hacia el parque arqueológico comienza en la ciudad de Santa Marta, donde existen múltiples opciones de alojamiento y de operadores turísticos que ofrecen la visita al Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad

Perdida. La llegada a Santa Marta por vía aérea o terrestre desde distintas partes del país es bastante fácil y los aeropuertos internacionales más cercanos se encuentran en Barranquilla —90 km— y Cartagena —180 km—.

Puesto que el camino hasta Teyuna-Ciudad Perdida no está claramente demarcado y es muy fácil perderse, el ICANH, la Unidad de Parques Nacionales Naturales y las autoridades indígenas y campesinas exigen que el visitante se desplace hasta el parque acompañado de un guía. Por tanto, se debe contactar a cualquiera de los operadores turísticos con anticipación para hacer las correspondientes reservaciones. Tenga en cuenta que existen diferencias en los precios de los operadores que se pueden ver reflejadas en la calidad de la comida, los alojamientos y la utilización o no de mulas para transportar morrales o personas. Una vez que reciba una cotización, solicite que le describan de manera exacta lo que se encuentra incluido en el precio. El ICANH no interviene ni se hace responsable del servicio ofrecido por los operadores turísticos.

Desde Santa Marta se viaja hasta el sector de Puerto Nuevo por la carretera troncal que une Santa Marta y Riohacha, tomando ahí una vía sin pavimentar durante 1 a 2 horas, dependiendo del estado de la vía, en camperos de doble transmisión hasta el pequeño pueblo de Machete Pelao, donde comienza y termina la caminata. En Machete se pueden adquirir algunos elementos de aseo personal, medicamentos y provisiones básicas. Desde aquí, el viaje usualmente se divide en dos o tres jornadas hasta llegar a Teyuna-Ciudad Perdida, con distancias que oscilan entre 5 y 10 km diarios, dependiendo de lo que se haya acordado con la compañía turística y con el guía. Un poco antes de llegar al primer cruce del río Buritaca se encuentra el poblado kogji de Mutanzhi, establecido a principios de los ochenta con la creación del resguardo indígena Kogi-wiwa-arhuaco y viviendas aisladas de familias kogis y wiwas que viven en esta cuenca. Es usual llegar al último alojamiento antes de Teyuna-Ciudad Perdida a eso del mediodía, idealmente antes de que comience la lluvia, luego de ascender a pie por el río Buritaca durante 3 o 4 horas. Este alojamiento está ubicado a unos 500 m río abajo de la escalera arqueológica que da acceso al parque. Después de una noche en el alojamiento se asciende al sitio en horas de la mañana. La caminata desde el alojamiento hasta las primeras terrazas tarda entre 40 minutos y 1 hora. Se retorna a Machete Pelao por el mismo camino.



**Mapa 3.** Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida en el Parque Nacional Natural Sierra Nevada de Santa Marta

**Fuente:** Cartografía temática realizada por el ICAANH.

## Recomendaciones para los visitantes

El Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida está ubicado entre 900 y 1.200 m s. n. m., por tanto, el clima es templado, húmedo, muy lluvioso y con noches frías, 18 a 22 °C. La siguiente es una lista de sugerencias para tener en cuenta a la hora de viajar.

- Boletería: la edad mínima de los visitantes es de 12 años. Tarifa única: 50.000 pesos.
- En el sitio arqueológico no se ofrece servicio de alojamiento. El valor recaudado por la venta de la boletería es destinado a la conservación y mantenimiento de los parques.
- Dadas las características de ubicación, antes de visitar el parque infórmese sobre el estado del área con el ICANH (tel.: 571-444 0544 o al correo [contactenos@icanh.gov.co](mailto:contactenos@icanh.gov.co)) o con las autoridades. El parque podrá sufrir cierres temporales dependiendo de factores de riesgo natural, acceso, mantenimiento y orden público.
- Empaque solo lo esencial. El peso del morral es un factor importante, incluso si se utilizan mulas de carga para la comodidad durante las caminatas, por lo que es preferible llevar poco peso. El peso total del morral no debe exceder los 10 k.
- Asegúrese de estar en buenas condiciones de salud.
- Devuelva toda la basura hasta Santa Marta. Ni el parque ni la zona en general cuentan con servicio de recolección de basuras.
- Cuide y respete lo que encuentre. No dañe ni marque los bienes naturales o culturales. Permita que otros disfruten del estado silvestre del área y del sitio arqueológico.
- Respete la fauna silvestre. Observe a los animales desde una distancia prudente, no los siga, no los alimente ni se les aproxime.
- Sea amable con los demás visitantes. Respételos y aumente la calidad de su experiencia siendo cortés y evitando ruidos molestos.
- Recuerde respetar el pasado y las costumbres de los pueblos: respete la privacidad de los campesinos y los indígenas. No entre a sus casas ni tome fotografías de ellos o sus pertenencias sin antes pedirles permiso.
- En el parque no hay señal de teléfono móvil. Avise a sus familiares y amigos que solo se podrá comunicar con ellos una vez vuelva a Santa Marta.

## Equipo personal

- Un morral mediano. Máximo de 50 l de capacidad.
- Los alojamientos a lo largo del camino proveen a los visitantes con camarote o hamacas y mantas, pero si prefiere puede llevar las suyas.
- Bolsa de dormir liviana o manta sintética, las noches son frías. En caso de que no tenga una, los alojamientos se la pueden proporcionar.
- Botella o bolsa para el agua.
- Linterna.
- Navaja.
- Bolsas plásticas para empacar toda la ropa y evitar que se moje. Úselas también para separar su ropa mojada, sucia o con barro.
- **Importante:** no lleve ropa ni utensilios de uso privativo de las Fuerzas Militares de Colombia.

## Ropa

La ropa para caminar debe ser cómoda y preferiblemente de algún material que no sea algodón:

- Un pantalón y/o pantalones cortos.
- Dos o tres camisetas.
- Una muda extra de ropa empacada en bolsas plásticas.
- Una muda para dormir.
- Una chaqueta o saco liviano.
- Un traje de baño.
- Varios pares de medias para caminar —sintéticas—.
- Una gorra o sombrero para el sol.
- Ropa interior.

## Zapatos

- Zapatos o botas deportivas livianas para caminar —un par— que no sean de cuero. Si decide usar botas de cuero para caminar, tenga en cuenta que una vez que se mojen no se secarán.
- Zapatos o sandalias deportivas livianas para usar en los campamentos —un par—.

## Aseo e higiene personal

- Botiquín personal. Unas vendas para las ampollas, un tubo pequeño de crema antipruriginosa y unas tabletas de antihistamínico son especialmente útiles.
- Bolsa con elementos de aseo personal —en lo posible utilizar jabón y champú biodegradables—.
- Repelente contra insectos y garrapatas.
- Bloqueador o pantalla solar.
- Un rollo de papel higiénico empacado en una bolsa plástica.

## Misceláneos

- Cámara fotográfica o de video con baterías de repuesto.
- Poncho o chaqueta para la lluvia.
- Toalla pequeña.
- Algo de dinero en efectivo puesto que no hay cajeros automáticos y copias de sus documentos personales: cédula, documento de identidad o pasaporte.
- Aunque toda la comida está incluida en su viaje, es recomendable llevar maní, barras de granola, uvas pasas o chocolates para recargar energías en el camino.

## Políticas de grabación, filmación y uso de imágenes

- La toma de fotografías y videos al interior de los parques arqueológicos administrados por el ICANH se encuentra regulada por la Resolución 132 de 2012, por favor téngalo en cuenta antes de su visita.

**Asegúrese de tener al día sus vacunas  
de fiebre amarilla y tétano.**

## Bibliografía

- Bischof, Henning. 1983. "Indígenas y españoles en la Sierra Nevada de Santa Marta, siglo XVI". *Revista Colombiana de Antropología* 24: 75-124.
- Bray, Warwick. 2003. "Gold, Stone and Ideology: Symbols of Power in the Tairona Tradition". En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, 301-344. Washington, D. C.: Dumbarton Oaks.
- . 1995. "Searching for Environmental Stress: Climatic and Anthropogenic Influences on the Landscape of Colombia". En *Archaeology in the Lowland American Tropics*, editado por Peter W. Stahl, 96-112. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Cadavid, Gilberto y Ana María Groot. 1987. "Buritaca 200: arqueología y conservación de una población precolombina". *Boletín del Museo del Oro* 19: 57-82.
- Cadavid, Gilberto y Luisa F. Herrera. 1984. "Manifestaciones culturales en el área tairona". *Informes Antropológicos* 1: 5-54. ICANH.
- Giraldo, Santiago. 2000. "Del Rioja y otras cosas de los caciques: patrones de intercambio tairona en el siglo XVI". *Revista de Arqueología del Área Intermedia* 2: 47-69.
- . 2010. "Lords of the Snowy Ranges: Politics, Place and Landscape Transformation in two Tairona Towns in the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia". Disertación doctoral, Universidad de Chicago.
- Herrera de Turbay, Luisa Fernanda. 1985. *Agricultura aborigen y cambios de vegetación en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

- Langebaek, Carl. 1987. "Relaciones de los desarrollos del área tairona y el intercambio". *Boletín de Arqueología* 2, 2: 32-41.
- Safford, Frank y Marco Palacios. 2002. *Colombia, Fragmented Land, Divided Society*. Nueva York: Oxford University Press.
- Serje, Margarita. 1987. "Arquitectura y urbanismo en la cultura tairona". *Boletín del Museo del Oro* 19: 117-125.
- Soto Holguín, Álvaro. 1988. *La ciudad perdida de los tairona*. Bogotá: Neotrópico.



Foto: Archivo ICANH. Vista aérea del Parque Arqueológico Teyuna Ciudad-Perdida

El Parque Arqueológico Teyuna-Ciudad Perdida es uno de los grandes ejemplos de la arquitectura e ingeniería de las sociedades taironas que habitaron las caras norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta en grandes poblados construidos en piedra y tierra armada. Localizado en la parte alta de la cuenca del río Buritaca a 1.200 metros de altura sobre el nivel del mar, sus más de 200 estructuras dispersas en 33 hectáreas ofrecen a los visitantes una experiencia inolvidable.

Esta segunda edición de la guía incluye la historia de su hallazgo en la década de los años setenta con fotografías de la primera expedición, una completa descripción de sus sectores y áreas, y la historia de la construcción del poblado desde el siglo VII d. C hasta que fue abandonado a finales del siglo XVI. También se incluye una lista de sugerencias para el viajero, instrucciones sobre cómo llegar al parque y mapas de la zona y el sitio.

